

La voz de la tierra y el canto del viento

Introducción a las raíces guaraníes de la música tradicional correntina

ENRIQUE ANTONIO PIÑEYRO

CORRIENTES

I

En la provincia de Corrientes los cuatro puntos cardinales tienen un significado mágico. Producen cuatro tipos de *vientos*, denominados por los antiguos guaraní como Yvitu. Estos vientos traen consigo el mensaje de un sortilegio que escapa a los sentidos. Se requiere una percepción especial para agudizar los sentidos y para interpretar el “espíritu y canto del viento” o “el mensaje del aire”. Estos vientos producen sentimientos y emociones provocando imperceptibles cambios conductuales en los habitantes de estos territorios. En muchas localidades o lugares del amplio mundo ocurren hechos similares. Pero en Corrientes, el viento norte cuando sopla en pleno verano, produce una respuesta inmediata en los que lo sufren. Algo similar ocurre con el viento sur, que distiende las emociones y generalmente refresca hasta el alma. El viento lleva y trae recuerdos, colma al hombre de nostalgias y de amor.

Según los textos míticos de los Mbya guaraní, estudiados por León Cadogan, (Ver “Ywyrá Ñe ery” y “Ayvu Rapyta”), la infinita y compleja cosmología del universo mítológico guaraní se desarrolla en cuatro etapas creadoras.

En la primera etapa, “Ñande Ru eté” – Nuestro Dios único y verdadero - se crea a sí mismo en medio de las tinieblas y neblinas primigenias. Señala:

“...antes de haber creado la primera tierra, El existía en medio de los Vientos Originarios. El Viento Originario en que existió nuestro Primero y único Padre-Dios se vuelve a alcanzar cada vez que aparece el Tiempo – Espacio Originario – o vientos de invierno (Sur). Este es el Viento que produce el Tiempo-Espacio primitivo. Cuando concluye este tiempo o época primitiva, cuando florecen los árboles del lapacho (Tayi), los vientos se transforman, se mudan al Tiempo – Espacio Nuevo. Así aparecen los Vientos Nuevos: Norte y Noreste, que determinan el Espacio Nuevo. Se produce, entonces, la resurrección del Tiempo – Espacio, llamada Primavera...”

Por ello se afirma que desde esta Primera Creación surge la concepción cíclica del Tiempo y del Espacio, que es característica de muchas culturas primitivas. Cada año termina con el invierno y renace o resurge con la primavera, cuando florecen algunos árboles.

En la segunda etapa se va completando el proceso de la Creación. En la segunda etapa se crea el “Fundamento del Lenguaje Humano”, la “Palabra

creadora” que nombra y señala los diferentes órdenes de la vida: de la Comunidad y de la Comunicación con la Divinidad. Porque el Lenguaje es en esencia el Alma de los Ava (Hombres) .Se consigna: “...*De la sabiduría contenida en su propia Divinidad, y en virtud de su sabiduría creadora, creó Nuestro Padre el Primero, el “Fundamento del Lenguaje Humano”...*” Antes de existir la tierra en medio de las tinieblas primigenias, creó aquello que sería el fundamento del lenguaje humano o, también, como “el fundamento del futuro lenguaje de los hombres”. Será “La Palabra Luminosa” (“Ava Ñee”)

En la tercera etapa Nuestro Dios, “Ñande Ru”, Dios lejano, el Primero, crea y origina a los Dioses menores que ayudarán en la Creación del Mundo, en los diversos ámbitos y espacios. Los cuatro son: “Ñamandú Py a Guazu”, es el Dios sol, es el de la luminosidad y por ello le corresponden Las Palabras. Al denominado “Karai Ru Eté” le otorgó el Fuego y el Fervor. Al llamado “Jakairá Ru Eté” le otorgó la “bruma o neblina vivificante” y la primavera. Al que denominan “Tupá Ru Eté” le dio potestad sobre el “Agua, el río, la lluvia, el trueno, el relámpago y el rayo”.

En la cuarta etapa se crea la mencionada como “Primera Tierra,” donde aparecen el Hombre y la Mujer (Ava y *Kuña*), los animales y las plantas. Establece en el centro de esa Tierra una “Gran Palmera” y otras cuatro Palmeras en sus cuatro “costados”, que señalan a los “Cuatro Puntos Cardinales”. Ellas sostienen el Espacio y el Tiempo. Luego se crea, también, el firmamento que descansa sobre “Cuatro Grandes Columnas”. .Ellas “sostienen a los siete “Cielos”...consignan los textos traducidos por Cadogan:

“El verdadero Padre Ñande Ru Ete creó una Palmera Eterna en el futuro centro de la tierra. Creó otra en la morada de “Karai” que está en el Oeste. Creó una Palmera Eterna en la morada de “Tupa”, que está ubicada en el “Este”; otra palmera en el origen de los “Vientos Nuevos” o Norte. Originó otra Palmera Eterna en los “Orígenes del “Tiempo – Espacio” primigenio o vientos del Sur...a las Palmeras Eternas está asegurada o atada la morada terrenal...”

Sin embargo, en el desarrollo de los textos míticos y sagrados de la Cosmología Guaraní, se establece que “Esta Primera Tierra, perfecta, sin males y sin tiempo, es la que comparten los Hombres y los Dioses. Una vez que el Creador Ñande Ru Ete se ha retirado a las tinieblas para su descanso, ocurre la “Caída de esta Primera Tierra”, por la acción imperfecta de los hombres y las mujeres. Por ello el “Gran Diluvio” la hace desaparecer.

Posteriormente señalan los textos míticos “...se crea la Nueva Tierra que es imperfecta, donde el Hombre ha perdido ya su condición divina y debe aceptar su condición de simple mortal. Así inicia la incesante búsqueda de la denominada “Tierra sin Mal”. “ . Es la búsqueda de la inmortalidad perdida, situación que se desea recuperar en esta vida y en esta tierra y, por ello el Ava, vive en un estado de permanente sacralización de todos sus actos. Alcanzar el denominado “Yvy Marae y” o “Tierra sin Mal”, es donde la palabra luminosa del canto cobra su auténtica dimensión. Los infinitos sonidos de la naturaleza o “Teko lpuva” se introducen en las voces y surgen el canto y la danza sagrada que lleva en sus entrañas la búsqueda del nuevo”Paraíso Terrenal.”

II

También son cuatro los tipos de AGUA que surcan, como arterias subterráneas, convirtiéndose en ríos caudalosos, en lagunas, esteros, bañados y cañadas. Cada uno de ellos, son como comportamientos acuosos que dibujan un entorno al que se acopla una fauna y una flora singular. Se multiplican hasta el infinito, con múltiples matices en una vegetación armoniosa y bella.

Son cuatro los comportamientos del *Padre Sol*, el Kurahy, que señalan con su *Luz*, ardor y fuego las cuatro estaciones propias del vivir del hombre. Es el ámbito natural que se nutre en la savia de su esplendorosa luminosidad permanente.

Son cuatro, también, los tipo de *Tierra (Yvy)*. La tierra madre que se tiñe de cuatro maneras, actuando de formas diversas. Los arenales, que constituyen verdaderos cordones arenosos, color león, en muchas zonas. Más allá encontramos el Ñatiu o arcilla negra, luego, la sorpresiva tierra roja – pyta -y los pedregales, con un perfil rocoso, ripios oscuros, con afloramiento de grupos rocosos rojos.

Todos sus senderos, atesoran los caminos del hombre correntino, llevan y traen el existir peregrino del Ser. Esa tierra es el sustento de sus trayectorias y de vivencias, donde cada ser proyecta su existencia. La denominada “Tierra sin mal” o “Ivy marae y”, de los Guarani, es la que determina en sus entrañas y es el nutriente de la vida misma. En ella nace el maíz o “avati”, la yerba mate o “Ka-a”, la mandioca o “Mandio” y los infinitos vegetales que adornan el paisaje ancestral. Es en el monte adentro donde nace la miel o “Eirete” y se hallan las hojas siempre queridas del tabaco o “Peti”, esas, que ya secadas, producen el mágico viaje del humo inspirador que permite al Ava Paye soñar y hablar con los dioses, desde un arcaico ritual chamánico secreto y misterioso.

III

En este agreste espacio, emerge como una respuesta vital de la Tierra, del Viento, del Agua y del Sol, una fauna mágica. Peces, aves y diversas especies de animales, se desarrollan a lo largo y ancho de los extensos campos. La “Madre tierra” con sus lomas o “lomadas”, depresiones onduladas, los extensos “malezales” de suelos planos o llanuras verdes. Mas allá las “cuchillas” o cerros, cerritos o colinas, que se distinguen de las praderas de ricos pastos, rodeada de bañados, cañadas, esteros, y las lagunas, cual espejos fulgurantes, que permiten una extensa superficie lacustre, que poseen ríos y su “mar propio” en la misteriosa y mágica “Ivera”.(Agua brillante)

Estos cuatro Vientos, estas cuatro formas de Agua, estos cuatro tipos de Tierra madre y las cuatro Estaciones, se transforman en el *Canto Del Viento* o Purahey Yvytu, que son, en suma, las Voces de la Tierra misma, que expresan infinitos sonidos que se introducen en el espíritu del correntino y fluyen por su sangre y por su aliento, le corre por las venas y arterias y a través de sus manos emergen en cada temple y bordoneo guitarrero, que se recuesta adormecido en el fuelle abierto de un acordeón y bandoneón chamamecero. Se juntan y “rejuntan” entonces, los mil sonidos entrelazados, en una hermandad mística que reciben a las voces de las gargantas que melódicamente engendran los versos del canto profundo. Canciones nacidas de lo entrañable de una cosmovisión secreta que se

transforman en plegarias sonoras. Así se origina la Fiesta, donde el *Chamamé* encuentra su espacio y su tiempo. Allí se conjugan las voces, los instrumentos para la *Musiqueada* o *Ramada Guipe*, donde el alma del correntino, del litoral y del Nordeste, se transfigura en la coreografía sagrada del *Baile*, ese “Yeroki porá” (Baile lindo) que hace vibrar sus emociones más íntimas. Surge el ritmo “Kanguí”, o romántico y nostálgico. Emerge el ritmo “Kireí”, o brioso, alegre, esencial. Y también el “Siriri”, que fluye como el río manso, sereno, elegante y vibrante como sonidos mágicos que invitan al reencuentro vital de la música y la danza.

Ellas elogian la naturaleza creada por Dios, Ñanderu ete, Vuelve entonces el antiguo ritual del Ñemboe Purahei o Canto-rezo-plegaria, que dará lugar al Yeroky Ñemboe o baile-rezo-cantado, que expresa la sabiduría ancestral, donde el hombre y la mujer se abrazan y rinden culto, en el Chamamé, a una antigua ceremonia que los inunda y sumergen en el éxtasis del baile.

Es un testimonio viviente que se entrelaza en la danza y reconstruye la confluencia de un “Ñande Reko”, o “nuestra manera de ser”, que busca afanosamente el “Yvy Marae y” -Tierra sin Mal- , donde se encuentran en estado puro los “Teko Ipúva” o sonidos de la naturaleza que se introducen entre los dedos de los músicos que pulsan las viejas “acordeonas” y las seis cuerdas siempre tensas de las guitarras inspiradoras. Allí se produce el momento mágico, una feliz confluencia creativa, dones de antiguos Dioses, que originan la música fruto de un proceso raigal.

IV

Por eso afirmamos que la Música Correntina lleva consigo la *Voz de la Tierra* y el *Canto del Viento*. Todo nos conduce a re-encontrarnos con nuestra verdadera Identidad perdida .Todo se conjuga en el decir, en el cantar y en el ensamble de los instrumentos musicales chamameceros. Esos que en sus entrañas guardan los infinitos sonidos ancestrales del canto y de la palabra sagrada. Instrumentos que entre las manos curtidas del “Mencho” (Peón Mensual) desgranar melodías que emergen desde la *Tierra*, pues su alma se halla impregnada del mágico paisaje de montes y esteros, de sueños y lejanías, que a borbotones le sube a la garganta y le trepa por sus dedos, que logran el “resuello” sonoro de la “cordiona” (Acordeón) que invita al zapateo y al “entrevero” amoroso, en el abrazo sutil de una “guaina” que presagia el encuentro de sus cuerpos tallados en quebracho y flores silvestres.

Desde el alma misma de los Vientos surgen las melodías que se vuelven danzas. Así nacen las “musiquedadas” de “enramada guipe” (Debajo de la enramada), como algo irreal e intangible, que no se ve con los ojos, solo se percibe con el alma. Se baila la emoción, los sueños, las nostalgias, las tristezas, las alegrías y el amor. Todo se entrelaza debajo de la enramada, templo pagano de la “Chamameceada”, espacio donde el ritmo del Chamamé guía como un antiguo “Paye” (Amuleto) las parejas que armoniosamente trazan las líneas invisibles de sus “mudanzas”, zarandeos y taconeos que dibujan en la pista terrosa los ecos de sus destinos.

V

Por eso afirmamos que *el chamame es un sentimiento que se canta y una emoción que se baila, desde el espíritu.*

.Entre sentimientos y emociones podemos establecer los diversos estados de ánimo que el “Chamamecero” traduce con sus instrumentos musicales y con su voz. De igual manera, los bailarines asumen los gestos, las mudanzas, la coreografía que “el espíritu manda”.

Es un código secreto, de un lenguaje olvidado, que puede ser interpretado cuando se llega a aprender a mirar y observar atentamente el sortilegio del desplazamiento de las parejas que danzan. Ese código secreto se traduce en su esencia genuina cuando se percibe con precisión y se reflexiona y valora, que dentro de este baile popular, encontramos la resultante mágica de una simbiosis de siglos de procesos inter-culturales tradicionales.

Todo como un resultado vivo, vigente y con una vitalidad permanente y creciente, que se amalgama en voces, poemas, cantos, ritmos, instrumentos y danzas.

Los instrumentos musicales primigenios del “Chamamé” fueron el Violín, la Vihuela y luego la Guitarra; la Armónica de boca y el Acordeón diatónico, de dos hileras de teclas y ocho bajos. Posteriormente se suma el Bandoneón y el Contrabajo. Esta confluencia se gesta en un proceso de folclorización paulatina y conforma el ensamble instrumental característico del músico “Chamamecero”, que responde a los sonidos que encuentra en su hábitat y ayudan a traducir sus emociones y sentimientos.

Antes fue el Guaraní con el Mimby (Flauta), el Takuapú (Bastón de ritmo) el Mbaraká (Sonaja ritual), los Ñeemboé (Cantos) y el Yeroky (Danzas), conjunción sagrada de mitos y rituales que conformaron una organología de siglos.

Emergen del ancestral pasado la estridente voz del sapukay, (Plegaria ritual en voz alta) como una síntesis de las entrañas del Hombre. Surge el vigoroso zapateo del Ava (Hombre) y el zarandeo de las Kuña (Mujeres), con sus polleras paridoras de esperanzas amorosas .Taconeo del varón con reminiscencia del “Flamenco” originario .Todo ello confluye en el espacio-tiempo de la “pista o cancha” donde se efectúa el ceremonial rezo - baile y canto (Ñemboé – Yeroky – Purahey) que sacralizan las almas de los protagonistas y entretejen lazos sutiles e invisibles de una religiosidad singular que trasciende tiempo y espacio.

Se logra de esta forma la rica experiencia misteriosa, verdadera transfiguración que, de manera tangible, encuadran el “Baile Chamamecero Correntino”.

Los latidos de la Tierra, marcan el ritmo de la vida y en sus profundidades, se encuentra la comarca del reino de las raíces que impregnan los caminos y senderos del monte silencioso. Se origina un territorio mágico donde triunfan los sonidos del viento montaráz. El Mencho canta y baila lo que la tierra le inspira, se produce, de esta manera, una traducción creativa ancestral. El Ava tiene el idioma Guaraní y la Tierra un lenguaje poblado de sonoridades, que sumativamente acumula la naturaleza toda.

Porque la Tierra guarda la memoria del correntino, de sus luchas, sus penas, sus alegrías, su trabajo y sus sueños perdidos.

El Viento es generoso. Recoge los rumores de la selva, del río, del estero, recoge el sapukay y el rezo, el gemir de espuelas “Lloronas” y las risas de los Kunumi (Niños) que juegan a “La Kapichuá” (Dinenti o Payana) o la “Mbopa” (La mancha).

Es como un rosario lírico que tiene un rumbo aracnido de ñanduti y debe ser comprendida en la voz para propiciar y penetrar el canto perdido, escondido en las cañadas, más allá del arco iris que emerge mágicamente luego de la lluvia fugaz de verano. Agua del cielo que levanta el aroma de la tierra mojada, que se introduce en el alma, la impregna y así florecen los recuerdos.

El Ava hechizado por el hallazgo del canto, emplea su guitarra como un arco tenso y lanza la antigua flecha de su voz. Voz que alcanza vuelos con insondables rumbos y se adueña de los corazones del pueblo. Porque el Viento sabe el destino del Canto, encuentra siempre las voces para renacer cada día, originando de esta manera su luz milagrosa. Luz que es alimentada por el amor, la esperanza, las penas, la soledad y esa nostalgia que cubre su espíritu y se derrama como una vertiente cristalina cuando canta al “pago querido”. Su “Che reta” (Mi Tierra), que en nostálgicos versos hace vibrar las entrañas guarani del correntino. Esa raza, esa sangre que subterráneamente aun corre por venas y arterias y emerge en cada vibración sonora.

Viento, Tierra, Agua y Sol se entrelazan y conjugan con el aroma del azahar y el zumo de naranjales, el dulzor de la eira (Miel silvestre) que alcanza a calmar la herida de la añoranza. Mientras la mansa laguna le trae la brisa fresca para saciar la sed de ausencias y alimentar amores soledosos. Entonces el correntino que ha dejado la “mancera”, arando la tierra, se ubica bajo el alero del rancho y pulsa su acordeón, instrumento que guarda los soles y el viento nortero que le corre por sus dedos y emerge en el silencio del atardecer la música de siglos que le dictan al oído sus ancestros.

Es, en suma, *La Voz de la Tierra* y *El Canto del Viento* que vuelve. Una y otra vez. Vuelve a establecer su imperio en los hijos, de los hijos, de aquellos primigenios hijos auténticos de Ñande Ru Ete, el Primero.

Bibliografía

- Cadogan, L. (1959) “*Ayvu Rapyta*” San Pablo: Universidad de Sao Paulo. Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras.
- Cadogan, L. (1971) “*Ywyrá Ñeery*” *Fluye del árbol la palabra*. Asunción del Paraguay: Edit. Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad Católica “Nuestra Señora de la Asunción”.
- Piñeyro, E. A, García, C. y Flores, E. (2005) *El Chamamé, se baila así... (En el Litoral Argentino)* Paraná: Ediciones Entre Ríos.
- Piñeyro, E. A. (2005) *El Chamamé. Génesis, desarrollo y evolución de la música tradicional de Corrientes*, Corrientes: Ediciones Moglia.